

## El Psicoanálisis hoy

SAÚL PEÑA KOLENKAUTSKY <sup>1</sup>

Dedico este trabajo a mi entrañable amigo, maestro de la psicología y filosofía, Leopoldo Chiappo, profundo conocedor de la *Divina Comedia* de Dante. Uno de los espíritus más sensibles, cultivados y lúcidos del Perú. Tuve oportunidades privilegiadas de comunicarme con él y el honor de presentar su libro *Psicología del Amor*.

Y a Anita Aguilar Angeletti, Decana de la Facultad de Psicología de la Universidad Peruana Cayetano Heredia, por su gran calidad humana, su profundo compromiso con su quehacer, su reconocido trabajo en el área social y comunitaria, y su notable contribución a la psicología en el Perú. Por su generosidad, integridad, finura y delicadeza, características evidentes en ella, mi profunda gratitud y aprecio, así como valoración a la mutualidad y autenticidad de nuestra amistad.

Expreso mi agradecimiento y reconocimiento a la Universidad Peruana Cayetano Heredia, en la persona de su distinguida rectora Dra. Fabiola León Velarde, y mi genuino compromiso a contribuir en la enseñanza.

Asimismo, quiero manifestar mi alegría y contento por compartir la mesa con tan prominentes figuras de la Medicina peruana y dilectos amigos: Carlos Crisanto, Raúl León Barúa, Alberto Perales y Ciro Maguiña. Igualmente, quiero agradecer a todos los alumnos, pacientes, amigos, tanto como a mi familia, que realzan con su presencia esta reunión.

Estamos frente a una ciencia y a un arte inconcluible, creado por Sigmund Freud, auténtico genio que comprometió su vida en la profundización y el conocimiento de las características manifiestas y perceptibles, así como las más profundas y genuinas del ser humano.

El aporte de Freud a la filosofía de la mente ha sido reconocer que la conducta humana no actúa solamente por necesidad de satisfacer impulsos instintivos, sino también por la necesidad de mantener un significativo contacto con los objetos apropiados. La actividad humana es intrínsecamente simbólica y persigue un intento de comunicar algo.

Para poder contribuir digna e íntegramente a su investigación, era indispensable emprender la búsqueda de la verdad, la que incluye el alma, el afecto, la subjetividad y la distintividad, en este caso, del psicoanalista y del paciente. Por ello, se dedicó al estudio del otro y de sí mismo.

---

<sup>1</sup> Presidente Honorario de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis. Profesor Visitante de la UPCH.

Llegó, así, al descubrimiento del inconsciente, graficado por la metáfora del *iceberg*: no excluye la importancia del consciente, sino rescata la significación primordial del inconsciente y del vínculo entre ambos.

Elementos destacables vendrían a ser los instintos de vida y de muerte, Eros y Tánatos y sus derivativos. Lo que es evidente y tangible, gracias a esta ciencia, es la unicidad del ser humano, en su sanidad y patología, con su creatividad y destructividad, su amor y odio a un nivel real, humano y desidealizado.

Esta ciencia cuenta con diversas e importantes contribuciones que complementan los aportes fundamentales de su creador. Sus fuentes son la médica y la cultural.

Otro aspecto esencial en el desarrollo del psicoanálisis es el axiológico. No solamente tiende al mejoramiento de los síntomas del paciente, sino a su calidad de persona. El psicoanálisis inicia una nueva era en la ética humana.

Las actitudes hacia el sentimiento, el pensamiento, la fantasía, los sueños, la objetividad del analista y sus vivencias (la contratransferencia) han evolucionado desde los cuidados y prevenciones de Freud, en *pro* de un buen análisis, como un observador abstinentemente y objetivo.

El sentimiento tradicional se centró en la supuesta neutralidad y en la necesidad de ocultar lo personal. Aún más significativo fue asumir implícitamente que un analista podía de verdad encubrir u ocultar su subjetividad. La inspiración y la utilidad que el analista le da a esta en conjunción con la del paciente vendría a ser lo que he conceptualizado como “metáfora del connubio existencial”. Esta incluye comunicaciones inconscientes entre uno y otro con una reflexión sobre ellos mismos y una apertura al servicio de ambos; Además, traduce un cambio de tendencias y el incremento de sentido de libertad, humanidad y mutualidad analítica. También, va a influir en lo que uno siente y piensa, sin excluir elementos objetivos, al contrario, fortaleciéndolos.

Esto constituye el reconocimiento de una ciencia humanista y científica no dogmática. La variabilidad, los afectos, la intuición, la resonancia emocional y la empatía iluminan el concepto de comunicación inconsciente. La naturaleza distintiva del psicoanálisis ha generado un espíritu de subjetividades e intersubjetividades.

El psicoanálisis valora la libertad real, no ilusoria ni idealizada. Es importante el reconocimiento de la no neutralidad, solamente a través de la conciencia de esta es cuando se puede aspirar a la posibilidad de un intento de neutralidad.

El paciente no es el único individuo en la diada. Reconocer las necesidades del analista genera una experiencia constitutiva, mutuativa y positiva que sustenta la importancia de la trayectoria relacional. En su conducta, el analista expresa su autenticidad, lo trascendente de su compromiso con la vida en una existencia con connotaciones inconscientes, filosóficas y éticas. Un análisis de entrega plena.

La vitalidad de la experiencia de la pasión lúcida es la esencia del psicoanálisis y el compromiso que impulsa a ayudar a otros. El analista no es un personaje ideal, sino una persona que para aproximarse al paciente tiene que ser consciente de sus propias potencialidades neuróticas, perversas, psicóticas, etcétera, y, desde ahí, rescatar la posibilidad de una mutualidad y un nosotros que vaya más allá de las posibilidades de ambos.

Es indispensable reconocer la trascendencia y vigencia de la identidad analítica sin excluir su pasado. El psicoanálisis va a contribuir decisivamente para conceptualizar múltiples encuentros, incluyendo los aspectos interdisciplinarios que nos enriquecen en el campo biopsicosocial y cultural en un continuo flujo de energía. La diversidad es un elemento primordial que permite una aproximación más realista para ampliar la comprensión del desarrollo psicológico y de la vida en general.

La reevaluación de la teoría epistemológica y de la formación paradigmática son revoluciones científicas en el psicoanálisis. Hay una inconmensurabilidad de paradigmas en que diferentes científicos tienden a ver diferentes cosas mientras observan el mundo, desde el mismo punto a la misma dirección. Estas nociones han ayudado a fortalecer las visiones de verdades psicoanalíticas que son subjetivas, dinámicas, pluralistas y de perspectiva en la búsqueda de la integración, incluyendo racionalismos, objetivismos y compromisos con el método.

Las nociones de “verdad”, “realidad”, “certeza” y “experiencia” en el *setting* clínico constituyen las preocupaciones de los psicoanalistas y sus esclarecimientos. Es indispensable aprender a vivir sin la idea del intelecto infinito y absoluto conocimiento. El fenómeno psicológico no puede ser visto aparte del contexto intersubjetivo.

La inherente impredecibilidad y fluidez de la vida emocional en general y del proceso de terapia en particular demandan tolerar la incertidumbre, la ambigüedad y la perplejidad frente a lo inesperado. Requiere una objetividad realista y no dogmática que permita sacar la etiqueta de verdad del consultorio con una conceptualización dialéctica, útil y creativa para ambos en un pensamiento innovativo.

La construcción de la teoría puede ser útilmente conceptualizada como una forma específica de la experien-

cia personal del analista y del paciente. Es considerada como otro aspecto vital de lo recorrido de la propia experiencia del afecto, del pensamiento, de la fantasía, de la sensación, del nosotros y así sucesivamente.

Ciertas construcciones teóricas pueden ser removidas de la posición de representar la verdad y realidad, pero pueden ser retenidas y consideradas como otra faceta de la experiencia del analista en relación con un paciente dado. El paciente trata de transmitir lo que él ha sentido para que el analista pueda intentar comprenderlo, viviendo la experiencia por él vivida.

El pluralismo denota la coexistencia de múltiples esquemas de referencia, la utilización e integración, y no necesariamente la síntesis de múltiples orientaciones y experiencias dentro de la psique de un individuo o dentro del espíritu de una institución. El analista es estimulado para vivir con múltiples lenguajes. Esto no sugiere que uno pueda tratar a sus pacientes al propio capricho y fantaseo, sino más bien nos aproxima a un sentido de no tener que saber y no mantener un sentido de convicción. Así, puedo experimentar y conocer a mi paciente a través de mi propia experiencia personal.

En campos culturales y científicos, reconocen que hay una crisis de comunicación debida a la fragmentación de la experiencia y a la dispersión del conocimiento en muchas disciplinas, cada una con su propio crecimiento incrementan su lenguaje privado. Sin embargo, no se debe olvidar que el todo es más que la suma de las partes.

La supuesta no respuesta del paciente es una de sus maneras de responder y es el analista quien siente equivocadamente que el paciente no está respondiendo. La comunicación no solamente es de palabras, sino de sentimientos, gestos y silencio, que también son respuesta. Es muy importante aceptar al otro (paciente) como es; esto nos va a permitir valorar su comunicación en *pro* no solo de él, sino de ambos.

Dada la naturaleza y la identidad de esta comunicación, me ha parecido pertinente contribuir con un testimonio personal. Mi experiencia vital muestra mi forma de trabajo y sus sustentos fundamentales, resultado de mis cuarenta años en el quehacer analítico.

Durante estos años, he trabajado analíticamente con niños, adolescentes, adultos y con pacientes de los más diversos diagnósticos, lo mismo que en psicoterapia psicoanalíticamente orientada de pareja, familia y grupo. Mis pacientes son una fuente de conocimiento notable, ya que buena parte de lo que he aprendido y ha pasado a constituir mi teoría personal se la debo a ellos.

Las patologías severas, especialmente los pacientes *borderline* o limítrofes, constituyen uno de los campos

donde me siento especialmente motivado. Quizás se deba al desafío, la curiosidad y lo inesperado de la experiencia y, al mismo tiempo, por el grado de compromiso, responsabilidad, autenticidad y un sentimiento que fluctúa entre extremos: como si el trabajo fuera una forma de descubrir aspectos nuevos no solamente en los pacientes, sino en uno mismo.

Es muy posible que, entre los diversos tipos de pacientes, los *borderline* representen a nuestra época y cultura como lo fueron los y las pacientes histéricas en la época victoriana de Freud, donde la represión de la instintividad era el factor social o cultural que prevalecía. Daría la impresión que el hecho de que en estos tiempos predominen estos pacientes refleja el momento de crisis de identidad, de reconocimiento, de pertenencia y de imprecisión interna de nuestras experiencias vividas y compartidas, que atravesamos a nivel más general.

Creo, igualmente, que el tema tiene que ver con mi persona, dado que provengo de dos culturas, dos razas, dos religiones, dos maneras de ver el mundo sintetizadas en mis padres que representan dos perspectivas y crean un espacio intermedio y potencial.

Durante una supervisión, Charles Rycroft me preguntó “qué era yo”, ya que tengo de judío, de ruso, de indio andino, de español y de peruano. Le respondí que “era una integración de todo ello y me agradaba mi identidad indo-peruano-española y judío-rusa”. A esto, se agrega que me eduqué en un colegio francés, hice mi formación de posgrado –psiquiátrica y analítica– en Inglaterra y me casé con Luise, alemana. De aquí, se me vienen dos asociaciones: una, mi analista Paula Heimann, en una carta que me escribió después de la terminación de mi análisis, me dijo que “muchas de las cosas que ella creía que provenían de mi fuente judía materna, ahora que estaba informada y que conocía más de la historia del Perú, se había dado cuenta que provenían de mi lado inca paterno”. Por otra parte, en una supervisión con Masud Khan, este me dijo: “Oiga, la gente acá en el instituto cree que su éxito terapéutico se debe a que usted tiene una personalidad muy penetrante. Sin embargo, yo estoy seguro que se debe a ese par de pechos de buena leche que usted ha internalizado de su ‘*yiddishe mame*’”.

Es importante mencionar que soy de los que creen que el conocimiento analítico proviene fundamentalmente de la experiencia –vínculos y vivencias del propio análisis, y con las personas que han sido nuestros supervisores y maestros. Es decir, uno no puede olvidar la vigencia de presencias consciente e inconscientemente elegidas. Todas ellas son diferentes y únicas, como seres humanos valiosos. Por supuesto, debo incluir la enorme experiencia con mis pacientes y con la vida.

Mis experiencias con Paula Heimann, fundamentalmente relativas a nuestra mutualidad, Donald Winnicott, Charles Rycroft, Marion Milner, Adam Limentani, Masud Khan, Margaret Little y Carlos Alberto Seguí son las que más han influido en mi trabajo clínico. Hacia ellos guardo y guardaré una permanente gratitud. Gradualmente, fueron integrándose sin ser presencias limitantes o distorsionantes de mi identidad. Muy por el contrario, me permitieron mantener mi individualidad y distintividad; lo mismo que de los padres, uno siempre va a tener algo de ambos, pero más que nada algo que proviene de la mezcla de ellos.

Opté por el psicoanálisis por experiencias tempranas relacionadas a la vida y la muerte, a la luz y a la oscuridad, al estar juntos y separados, a la presencia y a la ausencia, a la proximidad y a la distancia, al contento y a la tristeza, a todo eso que llamo goce y sufrimiento saludables. Los viví a plenitud y con realismo, sin desnaturalizarlos ni volverlos síntoma o enfermedad. Representan un conocimiento invaluable para el fortalecimiento y la sensibilidad creativa; así como para la comprensión y vínculo con personas que enfrentan similares vicisitudes, participando y extendiendo a otros el cultivo y disfrute de la vida. Es indispensable saber sufrir y saber gozar.

Encontramos que traumas o experiencias tremendamente dolorosas y violentas no son generadoras solamente de patología, sino que pueden devenir en fuente de creatividad, de inspiración, de integración y de salud para un mayor fortalecimiento, humanidad, sabiduría y comprensión del otro. Observamos que de padres saludables pueden salir hijos más o menos sanos, y de padres patologizantes, carentes o deprivadores (posiblemente por las potencialidades y las capacidades de contraidentificación creativa y restitutiva) pueden surgir personas con un potencial creativo innegable.

El conocimiento y la experiencia de mi formación analítica, como paciente en el análisis y las supervisiones y como analista en relación con mis pacientes, me ha hecho darme cuenta nítidamente de la subjetividad, distintividad y unicidad de cada persona y de cada vínculo: analista y paciente. Todo esto permite reconocer que la persona va mucho más allá del diagnóstico. Su historia e ideología inconsciente permiten también descubrir que respondemos en formas diferentes, sin que esto signifique que no percibamos elementos comunes.

En este amplio espectro, me he encontrado asumiendo una actitud que podría, con algunos pacientes, ser considerada como muy clásica e incluso ortodoxa y, con otros, un análisis heterodoxo con parámetros nuevos. Esto tiene mucho que ver con lo que sentimos que es lo más genuino, indispensable y real para ese específico paciente en ese tiempo, espacio y situación.

Enfatizando que esto no es un simple decir, sino un sustento teórico importante, serio y verdadero. Creo que el trabajo analítico no es exclusivamente del yo y del consciente del analista, sino que, gracias a Freud, se le da importancia a la parte del *iceberg* que no se ve y que es lo que prioritariamente va a influir en la mente y en la conducta humana.

El análisis es un trabajo que tiene que ver con los inconscientes de ambos –paciente y analista– sin, por supuesto, excluir los conscientes. Lo que llamo “ideología inconsciente” tiene que ver no solo con los aspectos instintivos inherentes a nuestra naturaleza –aspectos genéticos, constitucionales y celulares–, sino con todas nuestras experiencias humanas desde las más primitivas hasta las más sofisticadas, sobresaliendo las más próximas, profundas e íntimas de nuestra relación y experiencia, y con el ambiente a través de nuestro cuerpo y de nuestros sentidos, fuente de conocimiento intuitivo y creativo de nuestra posibilidad humana.

Este inconsciente permanentemente se nutre de lo instintivo y de lo patoplástico. Es decir, no solo de nuestra raíz, sino de nuestro tallo, hojas, flores y frutos, que muchas veces prevalecen sobre nuestro yo. Es ahí donde descubrimos, conocemos y nos acompañamos de aspectos inseparables de nuestro ser como son el instinto de vida-Eros y el instinto de muerte-Tánatos, los cuales dirigirán su fuerza y su energía hacia uno mismo, al otro y al mundo. De ahí que el análisis tiene que ver con la mutualidad de los inconscientes y conscientes, con madre, padre, vida, muerte, sueño, realidad y todas las relaciones significativas en un ambiente y en un tiempo dados.

Todo esto tiene que ir acompañado del compromiso, cultivo y elección de la responsabilidad y autenticidad del trabajo analítico, y del reconocimiento de nuestra no neutralidad. Esto me lleva a la concepción de uno de los aspectos que distingue mi trabajo analítico: la contratransferencia creativa. La conceptúo no solo como la respuesta del analista al estímulo del paciente, sino que se extiende a la totalidad de nuestra personalidad y a la conciencia de que nuestras interpretaciones y nuestras respuestas van a estar profundamente influidas no solo por nuestra objetividad, sino por nuestros instintos, impulsos, valores y subjetividad en una u otra forma y a pesar de nuestra supuesta o aparente neutralidad (mito del analista impersonal). Esta incluye aspectos de la biografía, de la idiosincrasia y de la personalidad del analista que provienen de su infancia y de su propia ideología inconsciente.

Existe otro prejuicio: idealizar una objetividad des-subjetivizada. Al respecto, pienso que, muy al contrario, es necesario integrar y considerar dentro de la actividad analítica cotidiana lo que llamo subjetividad objetiva. Por ello, la pasión lúcida es indispensable y reconocible en mi práctica analítica.

La técnica que utilizo no está sustentada en ningún esquema aparte del que está sintetizado dialécticamente en mi inconsciente. Creo responder en una forma discriminativa, subjetiva-objetiva y con sentido común a las intervenciones de mis pacientes, a quienes considero fundamentales para el cambio; sin su participación, por más experiencia que tuviéramos, no podríamos lograr lo que aspiramos.

La transferencia (los sentimientos y pensamientos existentes en relación primordialmente con los padres y que se actualizan con el analista) la utilizo no en un sentido generalizado absoluto o de cliché ni como la única posibilidad de aproximarse a la comprensión del material. A mi entender, esta forma desvirtúa su valor indiscutible se debe emplear no solo discriminativamente, sino cuando consciente e inconscientemente consideramos que es la elección más pertinente y apropiada en nuestro vínculo con el paciente. En cuanto a la transferencia positiva y negativa, no son términos felices porque generan un juicio de valor. La transferencia es positiva desde el momento que nos brinda la posibilidad de un conocimiento y un espacio para analizar lo libidinal y lo agresivo, sin darle un carácter peyorativo ni idealizante, sustentado en el prejuicio.

Hago uso de confrontaciones, interpretaciones y reconstrucciones, tomando en cuenta lo que va surgiendo a través del vínculo: una escucha empática, y un silencio que acoge y comunica cuando las palabras están demás.

No elijo previamente si voy a interpretar el impulso, el deseo, la defensa o el afecto, sino que dejo que mi selección integral haga frente a cada momento y cada tiempo. Toda interpretación en esencia es una confrontación con la realidad interna y externa, y depende no solo de su exactitud, sino de la utilización que el yo del paciente pueda o quiera darle, movilizándolo sus impulsos creativos o destructivos. La interpretación debe ir acompañada de una autenticidad consciente e inconsciente de parte del analista, y su humanidad profundamente arraigada.

Sin una genuina e íntima relación entre el psicoanalista y el paciente el tratamiento no será efectivo. Los factores curativos del psicoanálisis provienen tanto del analista como del paciente. Ambos se necesitan.

Actitudes esenciales de mi quehacer analítico y terapéutico son la libertad, la responsabilidad, la espontaneidad, la naturalidad, la autenticidad, la pasión lúcida y el estar preparado a lo inesperado.

Igual que la transferencia y la contratransferencia en sus inicios fueron consideradas interferentes o

perturbadoras para el proceso analítico, hasta darse cuenta de su utilidad, pasa lo mismo con las resistencias: son elementos esenciales del análisis y del cambio, de acuerdo a cómo se responde frente a ellas. Es decir, si el analista no es capaz de contener adecuadamente una determinada comunicación y utilizar una resistencia apropiadamente, sin darse cuenta, está interfiriendo o resistiéndose al proceso. A no ser que, comprendiendo sus propias limitaciones y errores, trate de reconocerlos y restituirlos.

Hay otros aspectos igualmente cruciales dentro del proceso analítico y depende mucho de cómo se conceptualicen e integren en la actividad clínica. La concepción del Edipo, a mi entender, no se inicia de tres a cinco años, sino desde el comienzo de la vida o previo a ella en la elección de pareja que hizo cada uno de los padres. Lo relevante es que el niño establece un vínculo temprano con su madre, incluso antes de nacer, incorporando o internalizando sensaciones que tienen que ver con aspectos parciales de ella y sensaciones primitivas sin que exista ni mucho menos todavía un yo formado o estructurado, pero sí la introyección de estas sensaciones primitivas en el inconsciente. Con la continuidad del vínculo e incorporando experiencias del nacimiento y luego contactándose con el cuerpo y la psiquis de ella, a través de su piel, de su tacto, de su boca, de su gusto, de su olfato, de su audición y de su incipiente visión, logra verla como un todo y puede comunicarse ya no solo preverbal, sino verbal y simbólicamente.

Todas las esenciales, sutiles, continuas, finas y duales experiencias van estructurando la indiscutible ley de la madre, trascendente tanto a nivel físico-corporal, mental, psíquico, espiritual, afectivo como ético, compartiendo la trascendencia de la ley del padre y la ley de la pareja. Muchas vicisitudes integran las sensaciones incipientes en el proceso de descubrimiento de la madre como objeto no diferenciado, hasta la diferenciación, individuación y el reconocimiento de objetos separados; así, igualmente, el proceso con el padre, desde su presencia a través de la madre y luego de sí mismo.

Los vínculos y las relaciones totales instintivas, psicológicas, emocionales, afectivas y cognitivas, tanto eróticas, libidinales, sexualizadas como tanáticas, agresivas, destructivas, hostiles, de intercambios múltiples, de potencialidades de incesto, parricidio, filicidio, es decir, la relación del niño con su madre, con su padre y la relación de la madre con el padre a través de todo el proceso, es lo que considero el aspecto más relevante del Edipo e indispensable para el logro de una identidad propia: la solución real y no idealizada a través de la vida. Tiene sí, como máxima intensidad o estructura, de tres a cinco años, porque de otra manera se estaría magnificando y edipizando la existencia, y negando, excluy-

endo y minimizando los primeros años de vida, previos al Edipo clásico, tan importantes y trascendentes.

Es indispensable que los analistas reflexionemos acerca de cuál es la fuente del conflicto humano. A mi entender es el instinto de muerte y sus derivados, es decir, lo que llamo "agresificación destructiva de la libido", la que va a producir casi toda la patología humana (véase mi trabajo "Contribución Psicoanalítica al Estudio de la Agresión, Violencia y Miedo").

La sexualidad, el Eros, constitutivos del instinto de vida, dan placer, paz y felicidad, salvo cuando hay una agresificación destructiva de la libido que los desvirtúa y desnaturaliza. En apariencia, es sexual, pero utiliza la sexualidad con fines destructivos. Las angustias son las expresiones conflictivas de la lucha entre el instinto de vida y el instinto de muerte; a diferencia de la depresión en la que la persona o el paciente desea morir, la angustia es expresión del deseo de vivir frente a la amenaza de muerte.

Por la importancia de los vínculos infantiles entre padres e hijos, un factor relevante en la génesis de la homosexualidad tanto femenina como masculina, puede ser el hecho de no establecer un vínculo homosexual saludable con el padre del mismo sexo durante la infancia.

Un aspecto de mi técnica lo constituye lo que denomino "Tánatos terapéutico". Nuestra actividad no es exclusivamente erótica o libidinal, puesto que lleva a la utilización creativa de la agresión porque, consciente e inconscientemente, la vamos a utilizar en beneficio de nuestros pacientes. De esta manera, ellos no nos sentirán escindidos de nuestra dualidad inherente a nuestra naturaleza o que queremos aparentar una desagresificación y desexualización psíquica, sino que somos plenamente conscientes de que tenemos que integrar nuestro Eros y nuestro Tánatos creativamente.

Ello contribuirá para que los pacientes salgan de la represión —uno de los principales enemigos de la salud mental—, del sometimiento, de la supresión; así como aprenderán a no temer a sus propios impulsos, como si necesariamente estos fueran negativos, malos o destructivos. En consecuencia, para liberarlos y enseñarles la posibilidad de comunicar su Eros y su Tánatos creativamente, mi maestro Winnicott decía que "incluso cuando uno hace el amor, si no se integra con una dosis adecuada de agresión creativa, la relación amorosa se desvitaliza".

En cuanto a la interpretación, considero que es un intento de comprensión de la mutualidad de los inconscientes, tanto del analizado como del analista. Esta es la razón por la que denomino a mi interpretación "mutuativa". ¿Qué quiero decir con esto? Que, para

mí, el paciente habla de su inconsciente a través de su consciente, de ahí que Freud nos decía que interpretar es hacer consciente lo inconsciente. El analista escucha inconscientemente, igual que el paciente, a través de su consciente. Es decir, el consciente le sirve al analista para acoger lo que el paciente dice y poder sintetizar. Al responder con la interpretación o con cualquiera de las respuestas que dé, está respondiendo igualmente con su inconsciente a través de su consciente.

El vínculo es un espacio intermedio y potencial, va a haber una comunicación primordial de los inconscientes, sin dejar de valorar ni de integrar lo indispensable y útil de los aspectos conscientes.

Hay una real diferencia entre reciprocidad que implica los mismos sentimientos en cada persona determinados por uno de ellos en el otro, y de mutualidad que implica que los mismos sentimientos de uno a otro están presentes en ambas personas, pero existiendo en cada uno independientemente de su existencia en el otro.

Creo que es importante pronunciarse sobre nuestra identidad analítica y cómo nos definimos. En cuanto a mí, me siento un freudiano dialéctico, existencial, heterodoxo y no dogmático; en lo político, un humanista independiente. Tomo la experiencia freudiana nutriendo mi persona de mi vínculo con mi analista, con mis supervisores y mis maestros, en síntesis, con mi experiencia analítica con mis pacientes, la continuidad de mi análisis en mi autoanálisis y mi experiencia de vida. Esto va descubriéndome aspectos nuevos y continuo aprendiendo.

Desde un punto de vista filosófico y ético, respeto y valoro la motivación y la elección del campo de trabajo del psicoanalista. Lo mismo que los diversos sustentos conceptuales, clínicos y técnicos. Soy contrario a una actitud sectaria, me identifico con la diversidad y pluralidad tendientes a la integración. Lo esencial es la calidad del compromiso, expresión de una dedicación seria y consistente.

Si bien reconocemos que el análisis clínico es la fuente primigenia e indiscutible del conocimiento analítico como técnica terapéutica, como método de investigación y como teoría, el psicoanálisis aplicado e interdisciplinario no es más ni menos que este. Como ciencia humanista, no puede estar aislado ni de la historia del hombre ni de las disciplinas incluidas en la cultura. De ahí, la importancia de que el analista sea una persona de mundo y amante de la cultura. Hay una serie de espacios no revelados que subsisten.

El psicoanálisis no solo contribuye a estas disciplinas, sino que recibe de ellas y se enriquece con

aportes importantes que hacen de la ciencia analítica la disciplina que más profundamente ha permitido conocer al hombre en sus relaciones humanas. Este intercambio enriquecedor y valioso en una cópula exogámica y creativa constituye, asimismo, la metáfora del connubio existencial.

**Correspondencia:**

Saúl Peña K.

Av. Salaverry 3463, San Isidro, Lima 27, Perú

Teléfono: (511) 264-3248 (511) 99349-1717

Correo electrónico: saulpk@terra.com.pe